



#### CARTA IV.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 17 de Enero de 1824.

Querido mío. Comienzo á reponerme del profundo abatimiento en que había caído. En poco más de un mes, ocurrieron tales cosas, y tan espantosas, á mi triste existencia, que no puedo comprender todavía, cómo no he sucumbido bajo el peso de tantas impresiones funestas. Ya lo ves: estoy vivo, y en aptitud de hacer un relato de mis penas y sufrimientos. Aun me admira más la fortaleza sin igual, que debo á la Divina Providencia, en una situación, que sólo puede sentirse, pero no describirse. El recuerdo sólo de los precedentes que, por sus pasos contados, me han arrastrado á este lúgubre recinto, demanda un valor á toda prueba; y yo tributo humildemente un sin fin de

gracias al Señor Dios, que se ha dignado atribularme, es verdad, pero que, sin embargo, dejando caer gota á gota un bálsamo saludable de consuelo sobre mi corazón, me permite ahora abrirlo enteramente á tu sensible amistad. Yo bien te lo decía, querido amigo: no nos veremos nunca, jamás; pero nos escribiremos, hablarán nuestras almas. Eso me basta, y me hará llevadera esta vida de dolor y de amargura.

Considero que estarás ya al lado de mi anciano y afligidísimo padre, para consolarlo de la pérdida de este pobre y llorado hijo, que al labrar él propio su desgracia, preparó la de una persona tan respetable por mil títulos. Lloro con él, Manuel mío: infúndele valor, y hazle olvidar, si es posible, que su hijo sufre y padece, porque si en efecto yo sufro y padezco, mía es la culpa, y no hay razón para que ese varón justo conlleve la pena que he merecido. Duéleme ver, por sus cartas, cuál fué su angustia al enterrarme vivo; pero si yo padezco por él y por mí, puedes figurarte la intensidad de mi dolor. Mis cartas, pues, serán una crónica muy triste. ¿Cómo evitar el que se refleje en ellas la situación de mi espíritu? Voy á darte cuenta de todas mis impresiones, desde que salí del hogar paterno, y verás que los más graves é intensos males de la vida, suelen dar tregua al corazón para

dilatarse, y recibir, como un rocío saludable, algún consuelo y alivio. Esto es demasiado para un pobre leproso.

Pasé por varias poblaciones, y por los suburbios de Campeche, bien acompañado; pero Joaquín y su hijo mayor, sin valor para despedirse de mí, desaparecieron, como por encanto, cuando yo necesitaba más de sus consuelos, quiero decir, al pisar estos umbrales de la muerte. No sabré decirte cómo hice este viaje funesto. Yo creía que me arrastraban por los cabellos, que mi cabeza se destruía sobre las piedras. Todo pasaba, á mi vista, como un panorama fúnebre. Mi cerebro era el cráter de un moribundo. Experimentaba un malestar indefinible, y me parecía que una víbora chupaba, saboreándose, toda la sangre de mis venas. En fin, llegué á San Lázaro, en donde ya me esperaban. Aquí, mis días serán días de miseria, exclamé, y mis noches, horas de tribulación sin reposo... La maldición de Dios ha caído sobre mi cabeza, y mi existencia va á ser ya una carga insoportable y odiosa.... ¡Existencia horrible, sombría y agitada, como la noche de una tempestad, formidable como el infierno!

Entré, y apenas me atreví á dirigir una mirada sombría sobre el magnífico espectáculo del mar, que dejaba á mis espaldas. El capellán me tendió su mano,

y apretó una de las mías con un ademán de cordialidad y franqueza tan expresivo, que por primera vez, después de mi salida de Mérida, una lágrima, que sentí helada, rodó por mi ardiente mejilla. Saludé, con palabras entrecortadas, al administrador, á quien reputaba yo como mi carcelero; y sin dirigir la vista á parte alguna, me dejé guiar hasta un aposento limpio y capaz, que habían preparado, de antemano, los amigos de mi padre, á fin de hacerme más llevadera esta mansión de podredumbre y miseria. Pocos momentos después, la noche cerró del todo, y el cansancio y la fatiga me rindieron, de tal suerte, que caí en un sueño, profundo en verdad, pero doloroso y angustiado, como es, sin duda, el sueño de todos los infelices condenados á este encierro.

Cuando abrí los ojos, era ya de día. Primer día en la tumba. Tal fué la idea que me ocurrió al momento, idea que fué acompañada de un impetuoso torrente de lágrimas; pero aquel no era entonces el llanto convulsivo de la desesperación, sino el llanto triste y melancólico, que va causando lentamente, la meditación sobre las miserias de la vida del hombre. Hasta ahora poco era yo feliz, é ignoraba casi la existencia del hospital de San Lázaro. ¡Cuán lejos me consideraba de ser, muy pronto, uno de

sus habitantes! Deslizábase suavemente mi existencia sobre un césped florido, y, ¡ay de mí! no sentía, no conocía que iba á hundirme en un espantoso abismo.... Mi cabeza quedó un poco despejada, el ánimo más tranquilo, y hasta mis entorpecidos miembros parecían más sueltos y flexibles.

Abrí la puerta de mi aposento.

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué reducir al hombre, obra admirable de la creación, á un grado tal de abyección é inmundicia? Fijé, como fascinado, mis pavorosas miradas sobre un grupo de espectros, que se arrastraban, con dolorosa lentitud, en una larga y ancha galería, sobre la cual daba la puerta de mi aposento. Aquellos fantasmas, me parecían articular sonidos extraños: su fisonomía, sus ademanes, sus miradas, y hasta sus más leves movimientos, me parecieron tan inusitados, tan horribles y tan chocantes, que hube de quedarme mudo de espanto, y como petrificado, sin poder avanzar un solo paso. Aquellos miembros contraídos y cubiertos de corrupción; aquellos ojos desencajados y rodeados de un círculo lívido y sembrado de grietas; aquellas bocas desgarradas y humedecidas con sangre pestilente; aquellas narices taladradas, y á cuyo través parecía registrarse hasta los sesos; aquellas orejas disformes y berrugosas; y aquellos

pies hinchados, muchos de ellos hasta el grosor como de una columna.... ¡Oh! aquel conjunto excedía, con mucho, á todo lo que yo pude haber imaginado.

“Mire usted los estragos que causa el vicio,” me dijo uno de aquellos infelices, que pasó junto á mí. Yo no tuve valor para contestarle esas ominosas palabras de salutación á un reciénvenido, ni para seguir contemplando aquel espectáculo. El aspecto de tanta miseria, reunida en tan corto número de hombres, era superior á mis fuerzas. Retrocedí, y entré de nuevo en mi aposento, á considerar cuál era la suerte que me estaba reservada. Aun no había llegado mi enfermedad á aquel punto, ni por tanto tenía aun la monstruosa apariencia de aquellos seres desventurados. Pero, en fin, término ha de tener el mal, y muy pronto llegará á un período, en que vea yo mismo, sin poder morirme porque aun no habrá sonado la hora feliz, desgarrarse todos mis adoloridos miembros, y desorganizarse paulatinamente esta máquina, que ya no podrá girar sobre sus goznes. ¡Te horrorizas! ¡te repugna esta pintura! ¡te espanta el fin de un pobre “lazarino!” Si yo no conociera la nobleza de tu alma, y la elevación de tus pensamientos, yo te diría, como puede decirse á muchísimos: “Hombre sensual y voluptuoso: tú que estás sumido en los placeres

y en los goces engañosos del mundo: no quieres ni pensar en los males de la pobre humanidad. Te tiemblan las carnes; pero no te compadeces. Te horrorizas; pero no te mueves á piedad. Tienes asco á esta pintura; pero es porque no te lisonjea. Ve á los hospitales, á esas mansiones de dolor, y aprende á conocerte. Como te ves, me ví; y no es difícil que te veas, como yo me veo.” Perdona, Manuel mío, este importuno apóstrofe, que en manera alguna se dirige á tí; pero no me negarás, que hombres hay tan duros y empedernidos, á quienes repugnaría un relato como el presente, tan sólo porque en él no hallarían palabras de placer. Mi resignación puedes calcularla, por la serenidad con que entro en ciertos pormenores. ¿No es verdad que esto servirá de algún consuelo?

“Mire usted los estragos que causa el vicio.” ¡Ah! esta amarga observación me hiela, me horroriza, y me mata. Por fortuna, no es exacta ni verdadera del todo, y más bien la contemplo como el desahogo salvaje de un misántropo infeliz. De lo contrario, el hospital de San Lázaro no sería, únicamente, el domicilio del dolor y de la miseria, sino también el de los remordimientos. Sin embargo de que estoy cierto, á no poder dudarlo, que muchos de los que padecen aquí, son del todo inocentes, ¡cuán lejos me encuentro

de hallar para mí este lenitivo, esta consoladora reflexión! Porque, si, en efecto, la mayor parte de los lazarinos sufren por sola su desgracia, por la malignidad de humores, que tal vez han heredado, ó por cualquier otro motivo, en fin; yo sufro y moriré por haberme encenegado en un crimen vergonzoso, que mi situación me recuerda, á cada paso, involuntariamente, y que me lo recuerda para experimentar el más profundo remordimiento.

Poco después me visitaron el capellán y el administrador, que dictaron, conforme á mi gusto y voluntad, cuantas providencias creyeron á propósito para mi mejor servicio. He encontrado todos mis libros, y otros más, que mi buen Melchor tuvo cuidado de remitir. Todo el día lo emplée arreglando mi nueva habitación, acompañándome el capellán con la mayor asiduidad y empeño. ¡Cuán dulce es hallar, Manuel mío, una alma tierna y compasiva, cuando se sufre algún mal, ó viene alguna desgracia! Este capellán me tiene encantado. ¡Que bondad, y qué modestia! No hay remedio: él será mi amigo y mi guía.

El edificio es bastante amplio, y capaz para su objeto. Bellísima es su situación, porque encuéntrase á poca distancia de las últimas casas del pintoresco barrio de San Román, al pie de unas colinas,

sobre una playa limpia, y al influjo de todos los vientos. Tiene una larga y hermosa fachada sobre el mar, y entre éste y el hospital, pasa el camino de Lerma, que es frecuentadísimo de las personas que viven en la ciudad. Voy á darte algunas noticias sobre el origen de este piadoso establecimiento, que he reunido, teniendo á la vista datos auténticos. Te parecerá extraño que yo me haya ocupado en esto; pero eso mismo te servirá de prueba, para creer que mis males comienzan á experimentar algún alivio moral.

El brigadier D. Hugo O-Conor y Cunco, gobernador que fué de esta provincia, y que falleció el 8 de Marzo de 1779 en la hacienda Miraflores, cerca de Mérida, legó diez mil pesos para que se emprendiese la obra desde luego. Parece que entonces no pudo verificarse, porque yo he visto una real cédula, fecha en Aranjuez el 13 de Diciembre de 1783, dirigida al obispo D. Fr. Luis Piña y Mazo, ordenándole que se procediese inmediatamente á la obra, con los diez mil pesos del legado, y con la suma de trescientos y más pesos existentes en la depositaría general de Campeche; y que se hiciese cargo de este importante asunto, señalando la persona que tuviese á bien para la ejecución de la obra, disponiendo, al mismo tiempo, lo más conveniente á la perfec-

ción, conservación del hospital, y asistencia de los enfermos. El obispo informó al rey con fecha 12 de Julio de 1785, manifestándole que se había dado principio á la repetida obra, en las inmediaciones de Campeche, sobre el plano que acompañaba al informe; pero representaba, que no siendo suficientes las cantidades que existían, se había resuelto fabricar únicamente las piezas necesarias para los enfermos, suspendiendo la prosecución de todo el proyecto, mientras no se presentasen otros arbitrios; y concluye diciendo, que no podrá perfeccionarse, ni conservarse dicho hospital, ni mucho menos mantenerse á los enfermos, si S. M. no se dignaba conceder las gracias que constan del informe, ó las que fueren de su real agrado. El señor Piña murió en 22 de Noviembre de 1795, cuando aun estaba muy lejos de realizarse el proyecto: pero habiendo subido los espolios de aquel prelado á una suma bastante gruesa, el rey dispuso de ellos para la conclusión de las iglesias de Uman y San Cristóbal, destinando cuarenta mil pesos para el hospital de San Lázaro. Así hubo de verificarse la erección de un establecimiento que, como decía el señor Piña, debía servir "para cortar de raíz los rápidos progresos que diariamente conseguía aquella venenosa y mortal dolencia, llamada "lazarino." Ya ves, mi ca-

ro Manuel, que sin embargo de mi "mortal y venenosa dolencia," no he perdido mi afición á los papeles viejos, aun á riesgo de inficionarme ó contagiarme, sorbiendo el polvo de apollillados armarios.

El régimen económico y administrativo, es bastante bueno y razonable, si algo puede parecer bueno y razonable á un pobre leproso, que sólo ve miserias en torno suyo. Hay, de ordinario, veinticinco ó treinta enfermos de ambos sexos. El número sube algunas veces, lo cual depende del celo de las autoridades políticas, que suelen ser ó muy indulgentes, ó demasiado severas hasta el rigor, persiguiendo, dicen que en beneficio de la sociedad, á los pobres "elefanciacos," que huyen despavoridos, como si fueran bestias monteses, por la soledad de los campos. ¡Cuántas veces ha ocurrido relegar, y sumir, en estos pasadizos de la muerte, á algunos infelices, que aun no estaban "lazarinos;" pero que por la funesta disposición de sus humores, han terminado por contraer realmente esta malefica enfermedad! ¡Ah! Esto es demasiado cruel, y á mí me parece que, por compasión, por piedad, ya que no por justicia y obligación estrechísima, debía, en este punto, procederse con más miramiento, y adoptarse ciertos medios, que alejasen tan atroz y tan funesta equivocación. ¡Sa-

brán esas autoridades desapiadadas, ó indiferentes, lo que importa una medida semejante! ¡Concebirán, acaso, la vehemencia, la intensidad de los tormentos físicos y morales, que aquí se pasan!

Volvamos al régimen económico. Según el grado de la enfermedad, así es la vigilancia y el cuidado, que emplean el administrador y sus dependientes; y se permite á los enfermos que hagan sus excursiones por las orillas del mar, con tal de que presten garantías, que alejen el temor de la fuga, ó de que se introduzcan en las poblaciones inmediatas. Yo disfruto, por ahora, de todos estos privilegios, aunque todavía no he tenido ánimo de usar de ellos. Cada enfermo tiene una habitación separada, y actualmente hay dos matrimonios de dos "lazarinos" con dos "lazarinas." ¡¡Qué cosa tan horrible!!! El hospital se sostiene con el producto de los capitales impuestos, con ciertos arbitrios fijos ó eventuales, con los donativos de algunas personas piadosas, y con las hospitalidades que pagan los que tienen medios de hacerlo. Hay aseo, cuanto buenamente cabe en un hospital de leprosos: los alimentos son sanos, y esmeradamente servidos. El ayuntamiento de Campeche, encargado de la dirección y gobierno de esta casa, siempre ha manifestado el mayor celo en dulcificar la condición de los

pobres enfermos. Así es que tenemos capellán, médico, botica, y todo lo necesario. ¡Gracias sean dadas á Dios, por este beneficio! Sin embargo, yo le ruego encarecidamente que, si esta enfermedad no es contagiosa, como no falta quien lo crea, deje caer una pequeña ráfaga de su luz divina sobre la ciencia, á fin de que, demostrada la verdad, no vuelva nunca más á arrancarse, con violencia, á un ser sensible, de los brazos de las personas que le son queridas.

Dos días después de mi entrada en el hospital, se me presentó un caballero, como de cincuenta y seis años, pálido y medio encorbado; pero de una fisonomía tan franca y expresiva, que á primera vista, como por instinto, predispone en su favor. Era el doctor D. Juan Antonio Frutos, médico español que, por encargo de mi padre, venía á visitarme, y asistirme con sus consejos higiénicos. Pero este hombre no sólo es un médico insigne, sino también un profundo moralista. Su conversación es rica, amena y fecunda: tiene gracia y destreza para mover los resortes del corazón. En suma, es sabio y virtuoso: verdadero médico; de esos médicos que, como repetía á menudo el doctor, han comprendido su misión, misión de amor, de paz y de consuelo; misión que pocos desempeñan, viendo en su

profesión uno de tantos medios de vivir, de hacer negocio y fortuna. No es así D. Juan Frutos, porque en donde se oye el gemido del dolor y de la miseria, allí se le ve con más afán, con más constancia y asiduidad. Para él no hay hora intempestiva, no hay mal tiempo, no hay tropiezos: todo lo allana y lo vence, penetrando, abrazado de su amor á la humanidad, con más contento en la choza infeliz del pobre pescador de San Román, que en los suntuosos aposentos de los ricos.

Hablamos más de una hora, y se despidió de mí, ofreciendo venir á consolarme, cada vez que sus ocupaciones en la ciudad se lo permitiesen; y en efecto, me ha hecho ya tres visitas, y en cada una de ellas ha descubierto nuevo caudal de conocimientos, de bondad y de dulzura.

—Usted, amiguito mío, me decía la última vez, comenzará á vivir, si quiere, en el seno mismo de esta destrucción que le rodea. La vida del hombre es tan corta, y la pasa regularmente con tanta agitación y zozobra, que apenas nota la rapidez con que el tiempo corre presuroso. Viviéndose en esta agitación, no hay más que excentricidad y movimiento. Pero cuando alguno de los grandes sucesos de la vida, de esos que no pasan ordinariamente, sino que sobrevienen de

improviso, y como inesperados, obliga á nuestras facultades á reconcentrarse, entonces entramos en nosotros mismos, meditamos y... vivimos; porque meditar es vivir, aunque á los hombres frívolos parezca otra cosa.

—Vivimos; pero ¡qué vida, doctor mío! Si ese grande suceso es una desgracia, como la pérdida de la fortuna, ó de algún objeto querido... ¡oh!, nuestra vida entonces es una vida de dolor y de lágrimas. Mas si fuese algún crimen... la vida, en tal caso, sería un veneno lento, que iría destruyendo el principio de la vida, en medio de una agonía infernal. Yo no sé si Dios nos haría un singular beneficio, aliviándonos entonces de un peso semejante.

—Ese es el lenguaje de la pasión, y no el del buen sentido. No sabe usted, por experiencia, cuánto aprovechan los remordimientos. ¡Feliz mil veces, yo se lo aseguro, el hombre que, después de un crimen, los experimenta! Acaso este es el hombre de quien digo, principalmente, que comienza á vivir, después de uno de los grandes sucesos de la vida. Porque yo me figuro, que esos remordimientos, si lo son en efecto, no han de limitarse á un sentimiento puramente especulativo. Yo creo, al contrario, que si un remordimiento, por más vehemente que sea, llega á apoderarse de un criminal, el mayor



empeño de éste debe consistir en borrar su crimen, ó por una resignación filosófica, y la resignación se parece tanto á la felicidad!, ó por obras virtuosas, que la sociedad estime, y el corazón apruebe.

—Pero si ese crimen....

Yo no sé que impulso, tan secreto como involuntario, me empujaba hasta un punto, al cual yo no hubiera querido llegar, por lo menos en tan crítica circunstancia; pero aquel hombre parecía haber trazado al rededor mío un círculo mágico del que, ni luchando á brazo partido, habría podido salir por entonces. Sus ojos vivos y penetrantes se habían clavado en los míos, y, salvando todos los obstáculos, habían ido á fijarse hasta lo más íntimo de mi corazón, para leer allí parte de mi historia.

—Pero si ese crimen, continué, único tal vez, casi inculpable, nos produjese no sólo el remordimiento, sino también una injusta desgracia, una desgracia de esas que nos hiciesen llorar amargamente....

—¡Pobre joven! Yo diría á quien tal se explicase, que no era el remordimiento, sino las consecuencias de su crimen, las que lo hacían arrepentirse de él, y perdería indudablemente todas las ventajas del primer afecto. Por eso decía yo á usted, que aquel lenguaje era de la pasión, y no del buen sentido; y no es así como

debe guiarse el filósofo, y menos si profesa una religión tan sublime, tan bella y tan consoladora, como lo es, sin duda, el cristianismo. Estudie usted mejor sus máximas santas, su moral divina, y..... yo se lo ofrezco: va usted á ser feliz, va usted á vivir, porque va usted á meditar....

Y lloraba yo, lleno de confusión. El doctor Frutos me estrechó cariñosamente la mano, me miró con ternura, y partió. No hay remedio: este hombre se ha apoderado de mi secreto, á pesar de mi empeño en ocultárselo á todo el mundo. ¿Será que las señales exteriores de mi enfermedad, revelan á los ojos de la ciencia, cuál sea su funesto origen? No: mis anteriores conversaciones con este observador, tan modesto como ilustrado, me hacen creer que aun no estaba cerciorado del hecho. Cuando me visitó, la vez primera, hablamos detenidamente sobre el principio, progresos y actual estado de mi dolencia. Yo me expliqué con la mayor circunspección, y no recuerdo haber dicho cosa alguna que me acusase. No hay duda: mi emoción, mis miradas, mis facciones me vendieron, cuando se habló de los remordimientos de un criminal. Pero si el doctor llegase á saber cuán crueles y horribles circunstancias precedieron á ese crimen que me agobia..... sí.... él me compadecería mucho más.

No me atrevo á decir que me justificaría; pero sí que excusaría mi conducta. ¿No crees, Manuel mío, que tengo razón para esperarlo así?

El genio y el carácter del capellán, son de un género diverso. Aunque, gracias á la infinita misericordia del Señor, ni la incredulidad, ni las opiniones de los sofistas, han hallado jamás cabida en mi pecho, encuentro muchos puntos de contacto entre este buen eclesiástico, y el que dirigió la conversión del filósofo desengañado, que tan bien, y con tal maestría, retrató el sublime autor del "Evangelio en triunfo." La misma dulzura en las palabras, el mismo fuego en los discursos, la misma caridad fervorosa, el entusiasmo de la religión, lógica irresistible. . . . He allí un bosquejo del padre N\*\*\*, capellán del hospital, y que lo es, porque aquí se padece más, se llora más, y hay más necesidad de consuelos religiosos, que en ninguna otra parte. Yo he entablado con él aquellas relaciones, que unen permanentemente al discípulo con el maestro. Desempeñando él uno de los más sublimes ministerios de nuestra religión adorable, mi conciencia, con todas sus debilidades, va á quedarle enteramente abierta. Si yo lo he elegido para mi juez en el tribunal santo de la penitencia, también va á ser mi amigo, mi guía y mi consejero en las tribulaciones de la vida.

El reune cuanto yo pudiera apetecer, en un hombre destinado á desempeñar este doble carácter sobre un pecador, que ha de ver á sus pies como Dios mira á sus criaturas; y al lado de un enfermo, que aun comienza á sorber la amarga copa del dolor. Esas relaciones consoladoras se habrían ya estrechado, si cuando mis potencias comenzaban á recobrar su aplomo, no hubiera ocurrido un lamentable incidente, que me ha afligido extraordinariamente, haciendo sucederse en mí un nuevo linaje de afectos, que volvieron á agobiar mi pobre espíritu, aunque de una manera diversa. Hablo de la entrada de un nuevo "lazarino," que vino al establecimiento hace cuatro días. ¡Pobre criatura! Semejante suceso ha engendrado en mí un sentimiento tal de compasión, que ha hecho olvidarme hasta de mi situación personal, para dedicarme á consolar á ese infeliz, cuyos infortunios me han afectado con rara vehemencia. Yo siempre he amado á mis semejantes, querido amigo: tú lo sabes muy bien, y me glorío de ello. Así es que, sin embargo de que yo necesito todavía de consuelo, para calmar la agitación de ánimo, y de consejos sabios, para lograr una resignación perfecta, me he constituido en médico y maestro de mi nuevo compañero de infortunio. Te diré algo sobre él; y estoy cierto de que lo compadecerás, aun sin cono-

cerlo, porque tú eres bueno y sensible, querido mío, como lo fué nuestro guía y maestro Bernardino de Saint-Pierre, cuyas obras, que tienen por epígrafe el sublime "Miseris succurrere disco" de Virgilio, han venido ya á ser mi lectura diaria y predilecta.

Me paseaba, aquella tarde, en la galería, con mi buen amigo el capellán, cuando sentimos detenerse una calesa en la puerta del edificio. Hasta allí, nada había llamado nuestra atención, porque el hecho de llegar una calesa, no era extraño, pues frecuentemente venían los médicos de la ciudad en un carruaje semejante; pero, poco después, percibimos el rumor confuso de varias voces, entre las cuales sobresalía una muy notable por su vehemencia, y por su acento doloroso. La vocería se aumentaba por grados, y, movidos de la curiosidad, nos acercamos hasta el vestíbulo, en donde se representaba aquella escena. Pocos momentos me bastaron para comprender perfectamente el asunto de que se trataba.

—No, mil veces no: gritaba un joven flaco y macilento. ¡En San Lázaro! exclamaba. ¿Están locos, caballeros? ¿No son cristianos en esta tierra, Dios mío? ¿Qué mal he causado á nadie, pobre de mí, para que traten de sepultarme vivo en este infierno? ¿Piensan ustedes que yo no he oído hablar de un sitio como éste,

y que ignoro que en él no hay más que leprosos? ¡Hay corazón para mandarme aquí, y querer encerrarme entre esos desventurados, como si yo fuese el mayor delincuente! ¡Por Dios, amigo de mi alma, decía á uno de los que le acompañaban: por Dios, déjenme ustedes en libertad, que yo les ofrezco marcharme luego, de esta tierra inhospitalaria!

—Vamos: no hay que exaltarse. ¡Voto va! Lo que se hace con usted no es con mala intención. ¡Qué diablos! Tiene usted cierta enfermedad, que los médicos han calificado de contagiosa; y la policía le envía aquí, para que sea mejor reconocido: ¡Diablo! ¿pues qué tiene esto de particular?

—No: mátenme ustedes primero; pero yo no entro aquí.

—¡Vaya una resistencia singular! Entre usted en paz y en gracia de Dios, y no nos obligue á emplear la fuerza. ¡Pobrecillo! Mire usted: si mañana, á esta hora, los médicos afirman, bajo de juramento, que usted no está "lazarino"...

—¡¡Cómo lazarino!! ¡Dios mío! ¿qué está usted diciendo, hombre empedernido? ¡Yo "lazarino!"

Difícilmente puede expresarse cuál fué el grado de conmoción que sufrió aquel infeliz, al escuchar la fatal palabra. Sin que nadie pudiese apercibirse de su intento, se lanzó rápidamente fuera del

círculo que lo rodeaba; y corrió desalado, con dirección á la Hda. de "Buena- vista." Vueltos en sí de semejante sorpresa, los conductores, corrieron en pos del fugitivo. Yo no sé si rogué á Dios, que cediese al pobre joven librarse de sus perseguidores: sólo recuerdo que cuando, al cabo de media hora, lo trajeron al hospital, privado de sentido, lloré amargamente. Dejaron su equipaje, y la boleta de entrada, en poder del administrador, y volvieron á Campeche los conductores.

Yo no quise separarme de su lecho en toda aquella noche funesta. ¡Si sabré yo lo que se sufre en los primeros momentos, en que uno acaba de cerciorarse de que está lazarino! Sus gritos convulsivos partían el corazón; y sus raptos de delirio nos hacían temer, que el desventurado llegase á perder totalmente el juicio, en lo cual no me atrevo á decir si mejoraría, ó empeoraría su condición. El capellán y yo le prodigamos todo linaje de consuelos; y al día siguiente logramos llamar su atención, y que escuchase nuestras palabras de cariño y benevolencia. Cuando ya pudo fijar aquellas miradas que vagaban antes de una manera siniestra y sombría, clavó en mí sus ojos, me examinó de pies á cabeza, y, azorado, me preguntó si yo también estaba "lazarino."

—Sí, amigo, sí: estoy "lazarino," le

respondí. También sostuve, como usted, una lucha horrible con mi corazón, y más con mi imaginación, antes y después de entrar en este sitio. Aun no es completa mi victoria, pero usted puede ayudarme en esta empresa; y, en justa retribución, le ofrezco hacer lo mismo en su obsequio.

—Gracias, buen amigo, gracias. Acepto con todas veras el apoyo que usted me ofrece, porque sólo Dios sabe cuánto es lo que yo necesito, para conformarme con sus decretos. También es usted joven, y bastante generoso, según veo. ¡Ah! esto es mucho consuelo para un desgraciado, á quien se le destina una mansión de esta clase.

—Usted comenzará, gradualmente, á resignarse; y pronto echará de ver, que lo que usted reputa ser en mí una virtud, no es sino una necesidad de esta situación, que le parece tan horrible.

El capellán terció entonces, empleando otras palabras más tiernas y consolatorias.

El reciénvenido tiene ya un aposento junto al mío, y me parece que al fin lograré inspirarle mis propios sentimientos, de conformidad y de paciencia. Puede afirmarse que la escala que estoy recorriendo, me otorga cierto derecho para explicarme así, porque si mi nuevo amigo sufre; ¡cuánto no he sufrido yo tam-

bién! Conozco algunos de los sucesos que han precedido á su entrada en San Lázaro, y aunque no sé toda su historia, porque no he querido aparecer indiscreto, haciéndole preguntas sobre sucesos de que no ha querido hablarme espontáneamente, creo haber adivinado parte de lo que ha dejado de decirme. Lo que sé, y voy á referirte, me parece digno de consignarse en los fastos melancólicos de la humanidad doliente; de esta triste humanidad que padece en todas partes, y de diversas maneras.

Es Regino Inglaterra, natural de Chilana, en los alrededores de Cádiz. Tuvo una familia muy decente, y de regular fortuna; pero su pobre madre murió cuando él vino al mundo, en Diciembre de 1804; y su padre, dos tíos y tres hermanos, sucumbieron todos, durante la gloriosa lucha que sostuvo la España contra el poder de Napoleón. Huérfano, solo y desamparado de todo el mundo, no quedó á Regino más partido, que el entregarse á servir de muchacho de cámara, en un buque pequeño. Después de unos cuantos viajes, por la costa, se embarcó en el bergantín "Jovial," para atravesar el océano, y venir á la Habana. Habrá de esto unos cinco años. El "Jovial," próximo á alcanzar el puerto de su destino, cayó en las manos sanguinarias y rapaces de un infame pirata. El malvado echó á

pique la embarcación, después de pasar á cuchillo á la tripulación y pasajeros, librándose únicamente dos señoritas jóvenes, que venían en unión de su padre, y Regino, que logró ablandar con sus lágrimas y su juventud á aquel desalmado y feroz asesino.

Regino me parece que no ha sido muy explícito, acerca de los sucesos posteriores á la época de su captura, á bordo del "Jovial." Yo creo, sin embargo, que aquel malvado, y sus cómplices, lo sedujeron, y le hicieron seguir la vida infame que habían adoptado. Ello es que, por una serie de acontecimientos, que ha ofrecido referirme, vino á Campeche, hace seis meses, en una barca americana, en clase de pasajero de proa. A los pocos días de haber aportado, le acometió el "vómito," en casa de una pobre viuda, que le había dado alojamiento. La huésped, temiendo que el enfermo muriese en su casa, dió parte á la justicia, y Regino fué trasladado al hospital de San Juan de Dios. Escapó del "vómito," pero su convalecencia fué tan lenta, que le fué imposible salir pronto, y reembarcarse. Allí aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad, de que hoy adolece. El médico director observó los progresos del mal, dió noticia á la autoridad política, y ésta se apresuró á excomulgar al maldito leproso, haciéndolo salir con engaño, de S.

Juan de Dios, para entrar en San Lázaro. Ya viste su sorpresa, y la resistencia infructuosa que opuso, al descubrir el fraude. Nada le valió, y el infeliz está ya en el sepulcro.

Ya lo ves, amigo mío. Dios no abandona jamás á sus pobres creaturas. Yo, que tanto temí la soledad, el aislamiento, con todos sus horrores consiguientes, encuéntrome hoy con un joven sensible, capaz de comprender mis penas; con un eclesiástico, que me las dulcifique; y con un médico respetable, que así trata y alivia las enfermedades del cuerpo, como aleja las del alma. Todos ellos son mis amigos. ¿Qué más puedo apetecer? ¡Ah! yo espero en Dios, que ha de mirarme siempre con piedad!

Escríbeme siempre que puedas. Cuando veo letras de mi padre, ó de mis amigos... en ese momento soy feliz. ¡Si supieras cuánto se necesita para que un leproso pueda decir: "Soy feliz."

Adiós, Manuel mío. No abandones á mi padre: ámalo, como yo lo he amado. Abraza á Melchor; y acuérdate siempre de mí.



## CARTA V.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 5 de Febrero de 1824.  
 ¡Oh Manuel mío queridísimo! Tú restituyes á mi pobre corazón, gran parte de la tranquilidad perdida. Gracias, amigo mío, gracias. Hay cierta clase de beneficios, que no pueden corresponderse aquí. Sólo la infinita bondad de Dios, es capaz de recompensar merecidamente esas acciones, que no tienen nombre, que no pueden calificarse, ni estimarse en su justo valor. ¿Cómo llamar á una generosidad sin límites, unida á esa benevolencia y cariño verdaderamente filial, con que te has consagrado á consolar á mi pobre y has consagrado á consolar á mi pobre y anciano padre, después de haber perdido sin remedio, al único hijo de su amor? ¿Qué precio tienen tus nobles sentimientos?